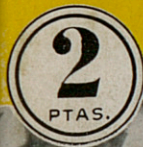


28 *Una vida, UNA NOVELA*

*SU CARRERA HA
SIDO DIFÍCIL Y
ACCIDENTADA*

Quiso
a muchos
hombres,
pero sin
éxito.

*VUELVE A
CASARSE A LOS
46 AÑOS, ¿ACERTA-
RA AL FIN?*



JOAN CRAWFORD

!Están a la venta!

AUDREY HEPBURN.—Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial. Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi», y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que había de convertirse en su esposo.



VITTORIO GASSMAN.—Shelley Winters le calificó de «calculador y egoísta», afirmando que se había casado con ella sólo por interés, ya que a su lado le sería fácil conseguir un ventajoso puesto en Hollywood. La biografía de Gassman es la apasionante historia de dos amores que no consiguieron hallar un recinto de paz.



KIRK DOUGLAS.—Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador pagó sus estudios en la universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototipo de hombre tenaz y luchador incansable.



UNA VIDA, UNA NOVELA

JOAN CRAWFORD

- ♦ Una juventud accidentada y llena de dificultades.
- ♦ Periodistas sin escrúpulos la hacen víctima de su pasado.
- ♦ Cuatro matrimonios y tres divorcios.

Volumen n.º 28
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1. — MARLON BRANDO
- Núm. 2. — JOHN WAYNE
- Núm. 3. — HEDY LAMARR
- Núm. 4. — ERROL FLYNN
- Núm. 5. — MONTGOMERY CLIFT
- Núm. 6. — MARILYN MONROE
- Núm. 7. — GARY COOPER
- Núm. 8. — ELIZABETH TAYLOR
- Núm. 9. — ROCK HUDSON
- Núm. 10. — GINA LOLLOBRIGIDA
- Núm. 11. — CLARK GABLE
- Núm. 12. — LESLIE CARON
- Núm. 13. — GREGORY PECK
- Núm. 14. — GRACE KELLY
- Núm. 15. — FRANK SINATRA
- Núm. 16. — SILVANA MANGANO
- Núm. 17. — VAN JOHNSON
- Núm. 18. — AVA GARDNER
- Núm. 19. — ALAN LADD
- Núm. 20. — SUSAN HAYWARD
- Núm. 21. — ROBERT TAYLOR
- Núm. 22. — RITA HAYWORTH
- Núm. 23. — TYRONE POWER
- Núm. 24. — JUDY GARLAND
- Núm. 25. — KIRK DOUGLAS
- Núm. 26. — AUDREY HEPBURN
- Núm. 27. — VITTORIO GASSMAN
- Núm. 28. — JOAN CRAWFORD

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

HENRI Keating miró a través de los cristales de su cabina, situada en la entrada de los estudios Metro Goldwing Mayer. Vio a varios fotógrafos y periodistas merodeando por los alrededores. Aquella mañana se esperaba un acontecimiento importante. El propio Keating, que llevaba veinticinco años empleado en la policía especial del Estudio, estaba algo nervioso. Keating ha asistido al crecimiento de la Metro, la ha visto desarrollarse año a año y conoce de ella, de sus secretos e intimidades, de ese halo en cierto modo misterioso que rodea a toda gran aglomeración de seres humanos, quienes más que algunos de sus directivos, que no cuentan con tanta veteranía dentro de la empresa. Ha visto desfilar por los estudios a infinidad de actores y artistas de toda clase, ha sido testigo de sus triunfos o de sus fracasos, de su ascenso hacia la fama y de su camino por el declive de las estrellas que van perdiendo su fulgor.

Keating sabe que difícilmente un artista se mantiene por mucho tiempo en la cima de la fama. Y le duele presenciar su derrota, ver como sus visitas al Estudio van espaciándose poco a poco, hasta que un día desaparecen definitivamente.

Pero el acontecimiento de hoy tiene otro aspecto. Se trata del retorno de alguien que lleva muchos años ausente. Alguien que fue una figura importante en la Metro. A Keating incluso le parece sentirse más joven, porque los recuerdos

retroceden hasta aquellas fechas lejanas con tanta claridad como si esos últimos años no hubieran existido.

Keating salió de su ensimismamiento al darse cuenta de que se estaba iniciando un movimiento de alboroto entre los fotógrafos y periodistas que rodeaban su cabina.

Un automóvil negro traspuso la puerta de los Estudios; se detuvo allí mismo y de él descendió, como una reina que regresa del exilio, la célebre Joan Crawford.

Con paso elástico, lentamente, por entre el bullicio de gente que la rodeaba, Joan se acercó a la cabina de Keating. Este se puso en pie, descolgó del llavero un llavín niquelado y entregándolo a la estrella dijo:

—Nos satisface verla de nuevo entre nosotros, miss Crawford.

—Gracias, Henry.

Las cámaras fotográficas captaron para la posteridad este emocionante momento.

Con el llavín de su camerino en la mano, la estrella siguió avanzando a pie por el amplio paseo de los Estudios, respondiendo con simpatía a las preguntas de los periodistas que se movían a su alrededor y sonriendo a los fotógrafos. Ella, lo mismo que Henry Keating, se sentía rejuvenecida aquella mañana.

* * *

Horas más tarde, Joan Crawford consiguió quedarse sola en su camerino. El recibimiento, cariñoso y efusivo, la había fatigado un poco. ¡Cuán-

tas caras nuevas en los Estudios! ¡Cuántos cambios efectuados en el transcurso de aquellos diez años! ¡Diez años de ausencia!

Pensó en aquella actriz joven que, poco rato antes, se había acercado a saludarla y felicitarla por su regreso. Pier Angeli. Encantadora muchacha, con toda una vida artística por delante. Ella, en cambio, debía considerarse ya como una estrella en plena madurez, con la satisfacción del triunfo alcanzado, pero también con ese aterrador vacío que se abre ante quienes experimentan la sensación de haber cumplido su misión en la vida.

Joan Crawford se recostó en el diván de su camerino, cerró los ojos y dejó correr la imaginación. Había cumplido ya los cuarenta y cinco años y tenía mucho que recordar... mucho...

* * *

Joan Crawford no era su verdadero nombre. Se llamaba Lucille Le Sueur y había nacido en San Antonio, Texas, el 23 de marzo de 1908.

Lucille no llegó a conocer a su padre, puesto que contaba pocos meses de edad cuando sus padres se divorciaron. Su madre se hizo cargo de ella y, pocos meses después, volvió a casarse con un tal Henry Cassin, empresario de un teatrillo de revistas en el pueblo de Lawton, en Oklahoma. Ni la madre ni la hija hallaron la felicidad al lado de este hombre.

En sus primeros años de existencia, Lucille no tuvo otra diversión que el establecimiento de Cassin, bien poco apto para una niña de su edad. Allí, viendo actuar a compañías de ínfima cate-

goria, le nació el deseo de bailar. En el altillo de su casa se construyó un pequeño teatro, en el que comenzó a practicar imitando lo que tanto llamaba su infantil atención. Desgraciadamente, la alegría que tal juego le producía hubo de terminar de un modo trágico.

En la escalera de su propia casa sufrió una caída con tan mala suerte que se rompió un pie. La lesión debió ser grave, o los médicos no supieron comprenderla, pues la cuestión es que diagnosticaron que Lucille jamás volvería a caminar bien.

La niña se desesperó. Aquello era lo peor que podía sucederle.

Su vida no era ciertamente agradable. Su madre y Cassin vivían peor cada día. En la casa se respiraba un ambiente de tristeza, de continuas disputas. Lucille se sentía desgraciada. Había buscado la liberación de su espíritu en el baile, y en él, efectivamente, había creído encontrar lo único por lo cual valía la pena seguir viviendo. ¡Ella llegaría a ser algún día una gran bailarina! Viviría de su propio trabajo y sería dueña de sus actos; se apartaría de aquellos ambientes miserables, de toda aquella gente mezquina, de aquella existencia insoportable...

No eran más que sueños de niña, esperanzas de una pobre muchachita que aspiraba a horizontes más amplios que los que el destino le había deparado.

Y ahora, de pronto, se derrumbaban sus sueños y sus esperanzas. Ya no podía ser bailarina; ya no podía escapar de todo aquello que tanto aborrecía. ¿Para qué seguir viviendo?

Transcurrieron para ella unos meses de desesperación, de total abatimiento físico y moral.

Sin embargo, pronto comenzó a actuar su gran fuerza de voluntad. ¿Es que podía admitir que su pie hubiese quedado lesionado para el resto de su vida? Se dedicó a estudiar el miembro herido y le pareció que, al cabo de algunos meses, no era muy distinto del pie sano. ¿Por qué no había de llegar a normalizarse totalmente? Pensó que esto dependía en gran parte de su voluntad. Ella se ejercitaría sin descanso hasta conseguir de nuevo la habilidad de movimientos. Estaba segura de lograrlo.

Y, aunque muy poco a poco, lo logró. En contra del diagnóstico facultativo, Lucille volvió a caminar, a moverse, y a saltar como antes de sufrir el accidente.

* * *

Como era de esperar, la madre de Lucille acabó por divorciarse de Cassin. En los últimos tiempos, la vida al lado de aquel hombre había llegado a hacerse realmente imposible.

No obstante, tal divorcio no parecía ser una buena solución, puesto que madre e hija quedaron solas y sin el menor recurso para subsistir.

—No te preocupes, pequeña —dijo la madre—. En el mundo siempre hay lugar para los que están dispuestos a trabajar.

—Si, mamá —repuso Lucille, asustada ante el porvenir que se les presentaba, pero confiando en la protección de su madre.

La ex señora Cassin encontró un empleo en una

tienda de Kansas City. El sueldo daba lo justo para vivir ella y su hija, y no podía ni siquiera pensarse en mandar a Lucille a un colegio. Por lo tanto, fue necesario buscar la manera de que la niña pudiera recibir una educación sin que elle representara ningún gasto extra.

Lucille consiguió ser admitida en un colegio a cambio de fregar platos y hacer la limpieza del establecimiento fuera de las horas de clase, además de servir en la mesa a sus compañeras durante las comidas. No era una situación muy airosa para la muchachita que aspiraba a llegar a ser una gran estrella de la danza, pero no había más remedio que someterse.

La vida difícil, el jabón y el trapo de la limpieza, no consiguieron hacerla despertar de sus sueños. Sabía que para conseguir su propósito debía resistir su fatiga y mantener viva su fuerza de voluntad. Dedicó a la danza cualquier minuto libre. Era preciso aprender, fuese como fuese. No podía pagarse buenos profesores, pero podía practicar en las salas de baile, podía asistir al teatro para observar y estudiar a las bailarinas célebres, podía ejercitarse incansablemente ella sola, ante la radio o la gramola. Todo eso hizo Lucille, con esa fuerza de la que sólo son capaces los que ven claro su destino y se han propuesto alcanzar su fin a toda costa.

El café Jack O'Lantern, de Kansas City, organizó un concurso de bailes modernos. Lucille Le-

sueur se consideró suficientemente preparada para tomar parte en él. Y lo ganó.

Este fue el primer estímulo que conoció en su vida. El primer paso estaba dado. Pero Lucille sabía que aquello no significaba nada. Una cosa era ganar un concurso en Jack O'Lantern, y otra, muy distinta, ser una bailarina de verdad.

Ahora, si quería seguir adelante, si que era preciso asistir a las clases de una academia de baile. Claro que para esto hacía falta dinero, y ella no lo tenía. No obstante, a sus diecisiete años, la vida le había enseñado ya a resolver sus problemas.

Se presentó en una academia y solicitó hablar con la directora.

—Deseo asistir a las clases de baile —dijo—. Pero no tengo dinero para pagarlas.

La directora la miró sorprendida.

—Hija mía, yo no...

—No voy a pedirle nada —interrumpió Lucille—. Puedo pagar a mi manera.

—No comprendo...

—Trabajaré para la academia en lo que sea. Barreré, limpiaré, fregaré los suelos. Usted debe dar un sueldo a la persona que haga esas cosas. Yo se lo haré a cambio de las clases.

La directora dudó unos momentos.

—Tal vez encuentre todo esto más duro de lo que ahora le parece... —insinuó.

—No se preocupe por mí. Para poder estudiar en un colegio, tuve que hacer lo mismo. Estoy acostumbrada.

—Bien. Si éste es su deseo, por mí no hay inconveniente...

Y así fue como Lucille recibió sus primeras auténticas lecciones de baile.

Llegó un momento en que se consideró ya preparada para comenzar a ganarse la vida bailando. Pero había un nuevo problema que resolver. Su vestuario era demasiado miserable para presentarse ante los agentes teatrales. Produciría mal efecto. Y esto dificultaría que se la admitiese.

Lucille encontró también la manera de salvar este obstáculo. Tras una larga búsqueda, consiguió un empleo en una tienda de modas. Ganaba quince dólares a la semana, y, aprovechando los descuentos que se hacían a los empleados de la casa, pudo en poco tiempo comprar cuanto necesitaba.

Lucille se había convertido en una bellísima muchacha de dieciocho años, una figura espléndida, moldeada por el baile y la gimnasia, y un rostro de boca ancha y grandes ojos oscuros, a los que el dolor y los sueños incumplidos habían dado un potente fulgor.

* * *

Eran cerca de las tres de una fría madrugada de invierno. Las calles de Nueva York habían quedado casi abandonadas. Por la puerta de servicio de un mal teatro de Brooklyn iban saliendo los últimos empleados y artistas que en él quedaban. Una muchacha con un abrigo no demasiado nuevo saludó al portero y se lanzó a la calle, con las manos en los bolsillos y el cuello subido para protegerse en lo posible del frío.

No había andado mucho la joven cuando un hombre se acercó a ella. Era un individuo de unos

treinta y cinco años, elegante, con el inconfundible aspecto del juerguista nocturno.

—Buenas noches, guapa.

Ella le miró un instante, y al comprobar que le era totalmente desconocido prosiguió su camino sin responder al saludo.

—¡Eh! ¿Qué significa tanta prisa? — exclamó él. La chica apresuró el paso.

—¿Es que no vamos a ser amigos? — preguntó el hombre, sin dejar de correr a su lado.

Ella se detuvo en seco y le miró fijamente a la cara.

—¿Quiere hacer el favor de dejarme en paz?

El desconocido expresó cierto asombro.

—¡Vaya! Tal vez esté confundido, pero, ¿no eres tú Lucille Le Sueur, a quien acabo de contemplar desde mi butaca bailando y exhibiendo unas piernas como no he visto en mi vida?

—Sí. Soy Lucille Le Sueur. Y no me importa saber quién es usted. ¡Buenas noches!

—No tengas tanta prisa, muchacha. Yo iba a invitarte a tomar unas copas.

—Lo siento, amigo — replicó ella con dureza —. El precio de la entrada no le daba otro derecho que el de contemplarme desde su butaca. ¡Buenas noches!

Y siguió su camino con paso ligero. El hombre, desconcertado, la dejó que se alejara.

Al llegar a la pensión donde se hospedaba, Lucille se arrojó sobre la cama y dejó correr su llanto. ¡Aquello era insoportable! No era la primera vez, ni sería la última, que la abordaban tipos impertinentes creyéndola una presa fácil.

¿A quién culpar? Ella sabía que no podía extra-

fiarse de que le sucedieran esas cosas, dado el trabajo que realizaba. Los hombres se creen con cualquier derecho sobre las artistas de su clase. Y las mujeres las desprecian.

Lucille sabía esto, pero era para ella un motivo de sufrimiento cada encuentro como el que acababa de tener. En su fuero interno no podía admitir que la confundieran, porque no estaba en aquel puesto por propia voluntad. Era sólo un periodo transitorio de su vida, un compás de espera hasta alcanzar las cimas a que ella aspiraba.

Cuando se presentó a los agentes teatrales en busca de empleo se dio cuenta de que no bastaba ser hermosa y saber bailar para ser admitida en una buena compañía. Hacía falta tener suerte, una oportunidad, la influencia de alguien que pudiera recomendarla. Esperó ansiosa que se presentara esa oportunidad. Pero comenzaron a pasar los meses sin ningún resultado positivo para Lucille. Cada visita a la agencia era una nueva decepción.

No podía esperar indefinidamente. Era preciso comenzar, aparecer en los escenarios fuera como fuera. Aceptó la única posibilidad que se le ofrecía por el momento, con la esperanza de abrirse paso de alguna manera. Aceptó un contrato en un teatro de «burlesque».

El «burlesque» es la forma más baja de la actividad teatral. Sus revistas están destinadas a excitar las bajas pasiones. No es preciso explicar lo que significa, para una muchacha, entrar a trabajar en uno de esos teatros. En muchos casos el «burlesque» es el trampolín. De allí se va para abajo. Pero Lucille, experimentada por la vida dura que hasta entonces había llevado, y cono-

ciendo lo terrible de ciertos ambientes, encontró en su gran fuerza de voluntad el arma salvadora.

Así fue como Lucille Le Sueur comenzó a trabajar en la escena.

* * *

Un día la contrataron en una compañía de revistas que salía de gira. Lucille creyó que por fin se iniciaba su periodo de buena suerte, pues esta vez ya no se trataba de «burlesque», sino de un tipo de revista más serio y artístico.

Pero no habían terminado todavía sus penalidades. La fatalidad seguía persiguiéndola. A las dos semanas, en Springfield, la compañía fracasó y se disolvió.

Le quedaban apenas dos dólares cuando se enteró de que un agente, un tal Young, estaba buscando coristas para un número que debía presentar en un cabaret. Se dirigió a la oficina del agente y se encontró con una larga cola de aspirantes a los escasos puestos disponibles. Lucille se quedó unos momentos desanimada junto a la puerta de la sala de espera. La habitación era un hervidero de muchachas de todos los aspectos, que la miraron con poca simpatía en cuanto apareció. Eran chicas como ella, jóvenes para las que el conseguir aquel contrato era cosa de suma importancia. Muchachas impulsadas por la ilusión de actuar en público o por la acuciante necesidad de ganar unos dólares. El hecho de poseer las mismas ambiciones, los mismos sueños o las mismas necesidades, no las hacía sentirse unidas. Sabían que muy pocas de ellas habían de ser admi-

tidas por Young, y cada una miraba a la de su lado como a una rival contra la que era preciso luchar.

Lucille se internó en la sala, sintiendo clavarse en su piel las miradas de todas las muchachas. Sabía que la examinaban milímetro a milímetro, calculando sus posibilidades de éxito. Algunas chicas estaban sentadas, pero la mayoría permanecían en pie, puesto que no habían suficientes asientos en la estancia. Hacía calor allí dentro, y olía a sudor y a perfumes baratos.

—Perfumes de corista sin empleo — pensó Lucille.

Y comenzó a mirarlás una a una, con su mismo descaro e insistencia. Ella, igual que las otras, debía calcular sus posibilidades. Algunas iban acompañadas de sus madres.

—¡Pobrecitas! — se dijo Lucille—. Todavía no se atreven a afrontar solas la vida.

En aquel momento se abrió una puerta de cuero sobre la que un letrero dorado decía: «Private». Era el despacho de Young. Una mujer rubia y delgada, de unos cincuenta años, hizo salir a una muchacha al tiempo que llamaba: —¡Qué pase la siguiente!

Se levantó una de las chicas que iban acompañadas de su madre. Era muy jovencita y se la veía extremadamente nerviosa. La secretaria de Young las dejó entrar y cerró la puerta tras ellas.

—Esta no será aceptada — pensó Lucille—. Una menos.

Pero quedaban aún demasiadas delante de ella. La verdad era que no podía abrigar ninguna esperanza. Sin embargo, ¡ella necesitaba aquel em-

pleo! Estaba sin dinero, y sin dinero no es posible vivir. Por otra parte, no estaba dispuesta a volver a fregar platos y suelos, como en sus días de academia, ni deseaba retornar a los escenarios del «burlesque».

¡No podía permitir que aquello sucediera! Había ya sufrido mucho en la vida, y pensó que también ella tenía derecho a alcanzar un poco de felicidad. Estaba dispuesta a conseguir el empleo y lo conseguiría. No importaban los medios. Se sentía más fuerte que todas aquellas muchachas que la rodeaban, por algo había sufrido durante años, por algo había vivido intensamente acumulando una experiencia que no suele tener una chica de su edad.

Discretamente, fue maniobrando por la sala, aproximándose hacia la puerta de cuero. Luego se apoyó de espaldas a la pared, con aire abstraído, como si no le importara nada de cuanto la rodeaba. La puerta se hallaba escasamente a un palmo de ella.

A nadie se le ocurrió sospechar que Lucille estaba decidida a representar, por primera vez en su vida de artista frívola, una escena de arte dramático.

La puerta se abrió al cabo de unos cinco minutos. Salió la chica que había entrado con su madre y la secretaria de Young se asomó para llamar:

—¡Que pase la...!

Sin darle tiempo a terminar la frase, Lucille se coló entre la rubia y el espacio de puerta que quedaba libre, al tiempo que exclamaba decidida:

—¡Soy yo!

Se lanzó a cruzar el pequeño despacho de la secretaria, hacia la puerta del de Young. Como ya esperaba, oyó un coro de airadas voces a su espalda.

—¡Si ésa ha sido la última en llegar!

—¡Ahora me toca a mí! Lo saben todas...

—¡No la deje entrar!

Sin correr, pero con paso ligero, Lucille alcanzó la puerta de Young, puso la mano en la empuñadura y empujó. Fue entonces cuando sintió que la rubia la agarraba por el hombro. Las dos mujeres se miraron a los ojos durante unos instantes.

—¿Por qué mintió? — preguntó la secretaria.

Lucille sonrió con cierto sarcasmo. Había conseguido acabar de abrir la puerta de Young y veía a éste sentado tras su mesa de despacho, mirándola a ella y a su secretaria con cierta sorpresa. La otra puerta, la que daba a la sala de espera, también había quedado abierta, con una docena de muchachas apretujándose bajo su dintel, aunque guardándose muy bien de trasponerla, para demostrar que ellas eran de verdad unas buenas chicas, y no unas atrevidas intrusas como aquella descarada de grandes ojos claros.

—¿Cree que soy tonta? — preguntó Lucille, sin inmutarse—. Llevo más de dos horas esperando ahí fuera. Si he entrado es porque ahora es mi turno.

Lo dijo con tal seguridad que la secretaria dudó, mirando interrogativamente hacia las muchachas que las contemplaban desde la puerta.

—¡No la crea! — chillaron varias de ellas.

—¡Ha sido la última en llegar!

Lucille alzó su voz por encima de las demás, sin perder su aplomo.

—No comprendo lo que pretenden — dijo —. Pero están muy equivocadas si creen que voy a permitirles que pasen delante de mí.

La secretaria dudó unos momentos, mientras las de la puerta seguían gritando.

Entonces fue Young, impaciente, quien intervino en la discusión.

—¡Ya está bien! ¡Que entre quien sea y acabemos de una vez!

Como si se tratara de una orden dirigida a ella, Lucille se desasíó bruscamente de la mano de la secretaria y avanzó hacia el centro del despacho.

—Señor Young, yo no sé... — empezó a decir la secretaria.

—No importa, no importa. Lo mismo me da esta que otra. ¡Cierre la puerta, por favor!

Ella cerró la puerta de la sala de espera y luego la del despacho, tomando seguidamente un bloc de notas y sentándose junto a la mesa de Young.

—¿Su nombre? — preguntó a Lucille.

En lugar de responder a la pregunta, la joven bailarina dijo:

—Señor Young, desearía hablar a solas con usted.

El y la secretaria la miraron asombrados.

—¿A solas?

—Sí, es preciso.

Young pareció dudar unos instantes, con la mirada fija en Lucille. Luego hizo con la cabeza un signo a la secretaria para que abandonara el despacho.

—Siéntate, muchacha — dijo, cuando estuvieron solos.

Lucille se sentó en uno de los grandes butacones que había junto a la mesa.

—Y bien, ¿qué sucede? — preguntó Young.

Lucille le miró fijamente, sin parpadear, con sus grandes y claros ojos.

—Señor Young, las chicas de ahí fuera tenían razón. Todas ellas debían pasar antes que yo.

Young quedó embozado por la sorpresa.

—¡Vaya! Pues hace un momento nadie habría adivinado que estabas mintiendo.

Lucille bajó los ojos avergonzada.

—No tengo costumbre de hacerlo, señor Young. Pero si hubiera esperado mi turno no habría llegado siquiera a entrar en este despacho. ¡Y es preciso que hable con usted y consiga el contrato!

Young movió la cabeza en un gesto de desaprobación.

—Pues no crea que ésta sea la manera de ganar mi simpatía...

Lucille le dirigió una mirada capaz de desarmar a cualquiera.

—Sé que usted sabrá comprenderme. Usted vive entre artistas, conoce nuestras penas y nuestras aspiraciones. Yo, señor Young, desde muy pequeña sentí...

A este preámbulo siguió toda la historia de Lucille Le Sueur, trágica y amarga, sin olvidar un solo detalle que pudiera hacer mella en un corazón humano. El divorcio de sus padres, la desagradable vida al lado del segundo marido de su madre, la miseria y la pobreza, las ilusiones rotas al lesionarse el pie y creer que nunca podría volver

a caminar bien, el trabajo de fregona en la escuela y en la academia de baile, para ponerse a la altura de las demás muchachas, que recibían aquellas enseñanzas sin tener que realizar el menor esfuerzo por su parte; luego, el terrible peregrinar por las agencias teatrales, en busca de un empleo con el que poder ganarse el sustento, hasta verse obligada a entrar en las compañías de «burlesque», donde debía realizar un trabajo que la humillaba y le repugnaba.

Si todo aquello era ya trágico de por sí, Lucille recargó la nota dramática hasta donde le fue posible. Y la verdad es que logró recargarla bastante.

La primera escena dramática de su vida le salió a la perfección. Su único espectador quedó emocionado. Y ella consiguió el empleo que tanto ansiaba...

* * *

Trabajando en aquella gran revista de Chicago, Lucille inició una nueva vida. Por primera vez se sentía a gusto en su trabajo. Este no era ya un modo obligado de ganarse el sustento, sino la iniciación de una carrera que la entusiasmaba. No era más que una simple corista, pero esto no la preocupaba demasiado, sabía que se trataba del comienzo y que todos los comienzos son difíciles. La cuestión era encontrarse ya en el camino que podía llevarla al triunfo. Tenía fe en sí misma, en su talento y en las cualidades con que la naturaleza la había dotado, y eso la llenaba de optimismo.

Una noche, mientras se vestía y maquillaba en el camerino de coristas, antes de dar comienzo la función, advirtió entre las muchachas una ola de nerviosidad. Por algún motivo especial, todas tenían gran interés en lucirse más que de costumbre. Y no les faltaba motivo. Aquella noche se encontraba entre el público nada menos que J. J. Shubert, el famoso empresario de Broadway. Cuando un hombre así va a ver una revista, no hay artista que deje de sentir la oculta esperanza de revelarse como un genio de la escena, de despertar la admiración de aquel hombre poderoso y convertirse de la noche a la mañana en una primera figura.

No es que esto suceda muy a menudo, pero a Lucille le sucedió aquella noche. Shubert se encantó con ella, la contrató, y la llevó a su teatro de Nueva York. ¡Broadway y una compañía de gran prestigio! El periodo ascendente de Lucille había dado comienzo. Y desde entonces había de desarrollarse a una velocidad casi vertiginosa.

Trabajando con Shubert la vio Harry Rapf, uno de los productores de la Metro. Se entusiasmó ante su belleza y su arte y, sin perder tiempo en pensarlo, se la llevó a Hollywood con un contrato firmado.

Lucille Le Sueur intervino en un film de Monta Bell, interpretando un papel de muy poca importancia. Los productores advirtieron en seguida grandes posibilidades en la joven actriz, por lo que decidieron colocarla en un lugar donde sus cualidades pudieran desarrollarse en todo su esplendor.

El nombre de Lucille Le Sueur no acababa de

gustar a los directivos de los Estudios. Era preciso buscar algo que sonara más americano, más breve, y más fácil de pronunciar. Los sagaces productores de la Metro vieron en esta circunstancia la oportunidad de dar a la estrella en ciernes una gran publicidad, indispensable para poder lanzarla en seguida como una gran luminaria de la pantalla, que es lo que deseaban hacer.

Por medio de una gran revista de Hollywood, se organizó un concurso en el que el propio público debía elegir el nombre de la actriz. Y así fue como el nombre de Joan Crawford, que salió vencedor en el concurso, marcó el comienzo de una nueva era en la vida de la tenaz y ambiciosa Lucille.

Era joven, bella, y, si sabía aprovecharlo, tenía por delante el porvenir que ambicionaba. Su carácter se hizo alegre. Comenzó a salir con actores y a darse a conocer en el ambiente de los «night-clubs» de Hollywood. Sus progresos en el cine eran rápidos. Personalmente también progresaba.

La fama de Joan fue aumentando. «Bailarinas con taxímetro», «Fiebre de primavera», «El cadete de West-Point», «La ruta de Singapore», «Hollywood revue», fueron otras tantas piedras que cimentaron su gloria.

No había cumplido todavía los veinte años cuando se encontró con Douglas Fairbanks, hijo del célebre actor del mismo nombre e hijastro de la no menos célebre Mary Pickford. El matrimonio Fairbanks era entonces el centro de la vida mundana e intelectual de Hollywood y Nueva York. El joven Douglas venía de las escuelas más aristocráticas de Europa, y sus famosos padres, tan

débiles a la seducción del gran mundo, soñaban casarlo con alguna damita de la alta sociedad.

Cuando Douglas comenzó a salir con ella probablemente se encontró con una sorpresa. Acostumbrado al trato de muchachas refinadas, que habían vivido siempre rodeadas de comodidades, sin tener que luchar para realizar un deseo y, mucho menos, para conseguir lo más indispensable, se encontró de pronto ante una mujer que concentraba en su cuerpo y en su alma la fuerza y el temple que sólo se forjan en el fuego de una vida intensa y difícil.

Joan, por su parte, se sintió a gusto al lado de aquel hombre educado e inteligente, tan distinto, también de los que estaba acostumbrada a tratar.

Joan era hermosa y atractiva. Douglas simpático y buen mozo, con un brillante porvenir. La amistad de la joven pareja se convirtió pronto en amor.

—Es una locura, Douglas —decía ella—. Tus padres nunca me admitirán.

El sonreía con despreocupación.

—¿Por qué no? ¿No eres una chica encantadora?

La sonrisa de Joan era distinta, más triste, quizá con cierto aire de comprensión y superioridad.

—Así es como me ves tú.

—¡Y así es como te ve todo el mundo!

—No lo creas, Douglas. Al menos, no tus padres. Para ellos no soy más que una bailarina recién llegada a Hollywood, procedente del «burlesque» y de los peores teatros de revista. Sin una familia en buena posición y, en cambio, con un pasado en el que he tenido que hacer hasta de fregona. ¿Supones que esto puede gustarles?

El rostro de Douglas adquirió una momentánea seriedad. Lo cierto es que no sabía replicar a las

palabras de Joan, porque lo que ella acabada de exponer era la verdad, por más que Douglas deseara ocultarlo incluso ante sí mismo.

—¡Bien! —exclamó—. Aunque así sea. Te quiero y pienso casarme contigo. No tengo necesidad de consultar a nadie para hacerlo.

—Se trata de tus padres...

—Ellos no se opondrán. Conseguiré convencerles.

—Tal vez, tal vez...

El cogió suavemente la cara de Joan entre sus manos.

—No pensemos en los demás. Nos amamos y viviremos el uno para el otro, por encima de lo que sea.

Desde luego, Joan no fue bien recibida por los padres de Douglas. Cuando el muchacho se presentó con su bailarina recién llegada de Broadway, Mary Pickford estuvo a punto de sufrir un síncope.

La madre de Douglas sostuvo con éste una conversación en privado, con la esperanza de hacer «razonar» al joven.

—¿Te das cuenta de lo que vas a hacer? —preguntó, convencida de que Douglas iba a cometer un disparate irreparable.

—Voy a casarme con la mujer que amo —repuso él, simplemente.

—O con la mujer que te ha deslumbrado, ¿no?

—No, mamá. Ya te he dicho que la amo.

La conversación se agriaba por momentos.

—Eres muy joven para saber lo que te conviene.

—¿De veras? Yo creo que ya puedo ir por el mundo sin niñera...

—¡Déjate de ironías, por favor! Sabes perfectamente que los jóvenes andaríais más seguros por la

vida si siguierais los consejos de las personas de experiencia.

—De acuerdo, pero no hay nadie que se enamore porque otra persona se lo haya aconsejado. Y yo me he enamorado de Joan, de la misma manera que ella se ha enamorado de mí.

—¡Tonterías! Las personas civilizadas deben saber dominar el sentimiento del amor como cualquier otro instinto. Con tu posición podrías casarte con quien quisieras.

Douglas sonrió.

—Precisamente eso es lo que pienso hacer, mamá.

En 1929, Joan Crawford y Douglas Fairbanks contrajeron matrimonio. Y fue entonces cuando comenzó para ella la verdadera lucha contra el ambiente hostil en que se había introducido. A pesar de ser ya una estrella de cierto nombre, aún no había conseguido desprenderse totalmente de los vestigios de una infancia y una juventud como la que le había tocado vivir. Una cosa era aparecer como una auténtica señora en la pantalla —contando con la ayuda del director, de modistos y maquilladores— y otra comportarse como tal en los salones de los Douglas y sus amistades.

Joan se dio cuenta de que le era muy difícil hacer un buen papel en la mesa, al lado de sus suegros, y de que sus vestidos —que siempre sentaban divinamente a su hermosa figura— no tenían la elegancia y distinción de los que llevaban las mujeres con las que ahora alternaba. Hizo todo lo posible para superarse a sí misma; estudió la manera de moverse, de hablar, y de actuar en sociedad. Día a día, fue consiguiendo lo que se proponía.

A pesar de sus esfuerzos, no consiguió ganarse las simpatías de sus suegros ni de sus encompetadas amistades. Por otra parte, se sintió rodeada por la envidia de un sinnúmero de jovencitas que hubieran deseado para ellas un partido como Douglas Fairbanks.

No le perdonaban su pasado. Ella venía de abajo y allí debía haberse quedado. Era demasiado osadía el haber conseguido encumbrarse hasta los más altos círculos del ambiente cinematográfico.

Y no fueron sólo los Douglas y sus amistades. El periodismo sensacionalista empezó a revolver en su pasado. Era un tema demasiado interesante para dejarlo escapar. Se la amenazó con publicar las fotografías que se había dejado tomar en los tiempos en que se dedicaba al «burlesque». Era puro chantaje. Joan, que se sentía ya fuerte y segura de sí misma, se rió de todos: de los que pretendían extorsionarla, y de los que se escandalizaban de «sus antecedentes».

Douglas compró — a precios enormes — varias de aquellas fotografías. Eso es lo que pretendían aquellos desaprensivos que buscaban hacer negocio traficando con la humillación de una muchacha que, para llegar a ser alguien en el mundo artístico, había tenido que someterse a situaciones que la repugnaban. No obstante, algunas de aquellas fotografías se publicaron, aunque parece que eran trucadas, o sea, compuestas a base de aplicar el rostro de Joan a cuerpos de otras mujeres.

Entre tanto, la carrera de Joan Crawford seguía su curso ascendente. Cada película representaba un éxito para ella: «La indomable», «Novias ruborosas», «Esta edad moderna», «Danzad, locos, dan-

zad», «Pagada», «Vivamos hoy», «Así ama la mujer», «Letty Lynton», «Luz de montaña», «Gran hotel», «Alma de bailarina», «Encadenada», «Cuando el diablo asoma», «No más mujeres», «Yo vivo mi vida», etc. «The Gorgeus Tuys», con Robert Taylor y Lionel Barrymore, fue la primera película de época en que intervino Joan.

Sin embargo, su vida matrimonial no seguía por tan buen camino como su vida artística. Las diferencias de caracteres que evidentemente existían entre ella y Douglas fueron poniéndose de relieve poco a poco. Era un abismo demasiado amplio el que les separaba. Por una parte, la educación recibida por él en los mejores colegios ingleses; por otra, las enseñanzas de una vida difícil y accidentada que ella había recibido en toda su crudeza. Dos temperamentos distintos que, extinguidas las primeras llamas de la hoguera de un amor apasionado, no podían congeniar. El deslumbramiento, por ambas partes, había pasado. Ahora comprendían que no eran el uno para el otro, y, desgraciadamente, lo comprendían demasiado tarde.

A fin de cuentas, resultaba que Mary Pickford había tenido razón.

* * *

En 1933, cuatro años después de haber contraído matrimonio, tuvo lugar el divorcio.

Esto produjo una gran desilusión a Joan. Ella había cifrado en este matrimonio la esperanza de una existencia placentera. Pero el salto era demasiado rápido. La tranquilidad estaba todavía lejos.

Intentó aturdirse con su carrera y con amistades cambiantes. Pero el deseo de tener un hogar sólido,

seguro, permanecía en ella. Ganaba dinero en abundancia e inició la construcción de su casa, la misma en que viviría siempre, aunque ampliándola y mejorándola en el transcurso de los años, hasta convertirla en una de las más hermosas de Brentwood, donde tantas estrellas y millonarios tienen sus mansiones.

No es ya la desconocida actriz recién llegada a Hollywood, sino una estrella con una personalidad definida. Ha pasado ya la época de sus sacrificios económicos y puede vivir siguiendo los dictados de sus gustos y aficiones.

La natación es uno de sus deportes favoritos. También le encanta montar a caballo y jugar al tenis. En la intimidad de su hogar, es frecuente verla vestida con pantalones cortos y blusa. A veces, vestida de este modo, se pasea en bicicleta por las cercanías de su casa. Come muy bien tres veces al día, a pesar de los rumores de que sigue un severo régimen.

Joan Crawford parece haber triunfado en la vida.

Pero su gran deseo de poseer un hogar no se limitaba a las paredes de la casa. Necesitaba también un compañero. Y creyó encontrarlo en Franchot Tone. Este era un excelente actor joven, recién venido de Broadway. En 1934 contrajeron matrimonio.

Franchot, al igual que su primer marido, pertenecía a una familia aristocrática. En casa de sus padres se celebraban reuniones intelectuales. Franchot inició a Joan en los secretos del arte, de la literatura y de las finanzas, haciéndole conseguir buenas ganancias con sus inversiones.

Pero, desgraciadamente, tampoco esta vez había acertado la actriz la elección de marido. Cuando en 1939 se divorciaron, Joan aseguró que no era posible la armonía entre dos personas de temperamento y formación tan distintas. De todas maneras, voces malignas recordaron cierta fiesta en la que Franchot bailó ocho veces seguidas con Norma Shearer, bajo las celosas miradas de su esposa.

Después de divorciarse de Franchot Tone, la carrera de la estrella pareció comenzar a declinar. No obstante, era todavía muy largo el camino que, como mujer y como actriz, tenía por delante.

En 1942 contrajo matrimonio por tercera vez, convirtiéndose en la esposa del actor teatral Philip Terry. La mujer de fuerte carácter creyó haber encontrado a un hombre que se plegara a su voluntad. Y en efecto, durante los dos primeros años fué un compañero ideal.

La vida artística de Joan atravesaba entonces un período difícil. Después de algunas películas sin éxito, la Metro decidió prescindir de ella.

Durante mucho tiempo le resultó imposible encontrar otro trabajo. Empezó a considerárase como una actriz terminada. Una ex. Pero ella no se rindió. Como en sus días juveniles, volvió a luchar en pos del triunfo. En consonancia con su edad, creyó conveniente prescindir de comedias y dramas superficiales. Consiguió por fin un contrato en la Warner. Viéndose ya un mujer myor y no la deslumbrante bailarina de «Danzad, locos, danzad», entro en una fase de mujer fracasada, que la llevó a aceptar el papel de protagonista de «Un rostro de mujer», con Melvyn Douglas y Conrad

Veidt, película en la que apareció con el semblante mutilado, heroica caracterización para una actriz que, como ella, no había hecho hasta entonces otra cosa que exhibir su belleza.

Al realizar este trabajo demostró que en una actriz que ha perdido la juventud puede quedar una madurez más valiosa que aquella, por ser más rica en experiencia y poseer un mayor dominio del arte interpretativo.

Para los mismos Estudios filmó «Alma en suplicio». Y al estrenarse esta película se comprobó el milagro. Había nacido una nueva artista que se elevaba a los rangos supremos donde sólo han llegado Greta Garbo, Bette Davis, e Ingrid Bergman. Y había nacido precisamente cuando se la daba por muerta. El contraste dio más realce a su persona y más resonancia a su victoria.

Le fue concedido el Oscar por su interpretación en esta película. Pero Joan Crawford no acudió a recibir el codiciado trofeo. Por aquellos días se hallaba demasiado trastornada a causa de su divorcio con Philip Terry, su tercer marido y su tercer fracaso matrimonial. Joan acusó a Philip de malos tratos y crueldad mental.

Sintiéndose de nuevo sola, se aficionó a los niños. Adoptó a dos niños y a dos niñas, para los que es como una verdadera madre. Durante una buena temporada vivió apartada del bullicio, dispuesta a descansar en sus hijos de su tempestuoso pasado.

Más tarde, y tras diez años de ausencia, Joan Crawford regresó a la Metro para interpretar «Cuerpo sin alma», con Michael Wilding y Gíg Young, película en la que representa, como en los comienzos de su carrera, un papel de bailarina.

A pesar de lo que pudo parecer unos años atrás, y a pesar del transcurso del tiempo, Joan Crawford sigue siendo una estrella en pleno fulgor.

A pesar de sus cuarenta y siete años, Joan Crawford no sólo sigue siendo una actriz de primera línea, sino que para ella no ha terminado todavía el tiempo del amor.

Sus amigos comenzaron a verla acompañada con mucha frecuencia por Alfred Steele, un hombre de cincuenta años, cabellos blancos, y aspecto elegante. Se trataba nada menos que del multimillonario «rey de las bebidas no alcohólicas», fabricante del «Pepsy-Cola». Los que supusieron que aquello podía terminar en boda, no estaban equivocados.

Una noche, hallándose Joan y Alfred en un cabaret, salieron a relucir los aviones en la conversación. Ella confesó que nunca había volado.

—¿Es posible? —exclamó Alfred—. Pues creo que ha llegado el momento de celebrar tu bautismo del aire. Esta es una buena ocasión. Iremos en mi avión particular a Las Vegas y allí nos casaremos.

Joan no se inmutó. Aquella proposición parecía ser la cosa más natural del mundo.

—Cuando quieras, querido. Estoy dispuesta.

De esta manera, la actriz afrontó la terrible prueba del cuarto matrimonio.

Llegaron a Las Vegas a la una de la noche. Se instalaron en el Hotel Flamingo y pidieron inmediatamente los servicios de un juez de paz, ante el que contrajeron matrimonio.

Joan lucía un vestido negro y oró y una estola de visón. A pesar de no ser una novata en tales lances, se sintió en aquellos momentos terrible-

mente emocionada. Estaba pálida y nerviosa.

—¡Animo! —murmuró Alfred—. Dentro de diez minutos todo habrá terminado.

En París, donde estuvieron en viaje de luna de miel, Joan recibió a los periodistas. Respondiendo a las preguntas que éstos le hicieron sobre su matrimonio, declaró:

—Desde el 10 de mayo de 1955, fecha de mi boda, soy una mujer feliz. Alfred es mi cuarto marido. Para él, éste ha sido el tercer matrimonio. Alfred y yo somos grandes amigos desde hace dos años. Cuando me pidió que me casara con él, acepté sin reflexionar un solo instante. Nos casamos en Las Vegas porque allí puede hacerse con mayor rapidez y facilidad que en cualquier otra parte. Al día siguiente regresé al Estudio, para finalizar el rodaje de «Queen Bee». De ahora en adelante, Alfred será mi único patrón. Haré lo que él desee.

Y Alfred Steele intervino para decir:

—No me opongo a que Joan siga su carrera artística. Sé lo que ésta le ha costado y respeto su vocación.

Después de cruzar con su marido una cariñosa sonrisa, Joan añadió:

—Para poder estar junto a mi marido, viviré en Nueva York, yendo a Hollywood únicamente cuando sea preciso. Tengo intención de trabajar menos de ahora en adelante, a fin de poder dedicarme más a mi hogar.

El viaje de novios prosiguió hacia Italia, Suiza y Londres...

Entre tanto, en Hollywood estaba preparándose la próxima película de Joan Crawford, «The Way We Are».

Así es

JOAN CRAWFORD

Un joven presentó a Joan Crawford un guión que acababa de escribir, con la esperanza de que la actriz intercediera para que la obra fuese llevada a la pantalla. El escritor, que no se distinguía precisamente por su humildad, hizo grandes elogios del guión y acabó diciendo:

—He aquí un argumento que nadie silbará.

—¡Claro que no! —exclamó Joan—. No es posible bostezar y silbar al mismo tiempo.

Cuando comenzó a actuar de bailarina, Joan pasaba muchos apuros económicos. En cierta ocasión, al salir de la pensión donde se hospedaba, pasó ante la puerta de la dueña procurando no hacer el menor ruido. A pesar de sus precauciones, fue sorprendida por la mujer.

—¡Oiga, joven! ¿Se acuerda usted del dinero que me debe?

—¡Claro que sí, señora! Si no me acordara, ¿cree usted que andaría de puntillas?



RITA HAYWORTH.—Hija de un bailarín español, comenzó a bailar como profesional a los catorce años de edad. Su primer marido la convirtió en la maravillosa mujer que es en la actualidad. Orson Welles le dio cultura y refinamiento, y Ali Khan la hizo princesa. Finalmente, ha encontrado la felicidad al lado del cantante Dick Haymes.



TYRONE POWER.—A pesar de haber sido educado en un buen colegio, la vida le fue tan adversa que tuvo que emplearse en un teatro como acomodador. Más tarde, ya convertido en gran actor, tuvo un idilio con Sonia Heine, que no terminó en boda porque Tyrone se sintió de pronto atraído por Anabella. Años después, entró Linda Christian en su vida. Hoy, no tiene a su lado una mujer que le comprenda.

án a la venta!

ROBERT TAYLOR.—Comenzó a ganarse la vida como componente de un trío musical, pero el destino decidió ser benévolo con él. Su carrera cinematográfica ha sido fácil y rápida. Durante once años fue feliz al lado de Barbara Stanwyck. No obstante, el matrimonio se deshizo inesperadamente. Ursula Thiebs, una actriz alemana poco conocida, es su segunda esposa.



TITULOS EN PRENSA



RAF VALLONE

Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista, crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo; en la actualidad, puede considerarse como uno de los actores más cultos y completos.

INGRID BERGMAN

La actriz sueca que triunfó en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, debiendo renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».



JAMES STEWART

Hijo de un comerciante, tuvo que luchar contra la voluntad de su padre que quería a toda costa mantenerle tras el mostrador de su establecimiento. A pesar de su gran afición a la escena, no se consideraba a sí mismo como un buen actor, siendo él el primero en sorprenderse cuando se le concedió el Oscar. Se le conocen idilios con Anita Colby, Olivia de Havilland, y Rita Hayworth. Enrolado en la aviación como simple soldado, alcanzó el grado de coronel.

BETTY HUTTON

Dinámica, emprendedora, con una desbordante vitalidad. La estrella de los innumerables idilios desconcierta a la prensa con sus inesperados anuncios de noviazgo, que luego se rompen con la misma rapidez sin que nadie pueda explicarse la causa. Su fracaso en la televisión estuvo a punto de hacerle abandonar su carrera artística.

